

Ya se comprenderá que si la chusma de esta secta se rindió tan precipitadamente no fué en virtud de la fuerza de sus convicciones, sino por miedo de caer en desgracia de Robespierre, quien, completamente de acuerdo entonces con Danton, dominaba sin resistencia alguna en la Convencion y estuvo á punto de hacer su posicion mas sólida por medio de una nueva organizacion de los poderes del Estado.

El decreto constitutivo del gobierno revolucionario, que fué presentado en 18 de noviembre á propuesta de Billaud Varennes y que en 4 de diciembre fué elevada á ley (1), estaba destinado á poner fin á aquella anarquía, por medio de la cual los hebertistas habian llegado á constituir una verdadera tiranía en Paris y en los departamentos, en punto á la direccion de la guerra y de la administracion. Todo aquello que el decreto prohibia lo habian hecho ellos en las Casas Consistoriales, en el ministerio de la guerra y en las provincias, sin freno alguno, y los artículos que establecian inspeccion, responsabilidad y rendicion de cuentas allí donde hasta entonces nada de esto habia existido, inferian á su situacion dominadora profundas y mortales heridas. La ley de 4 de diciembre comenzaba con una innovacion conveniente, pues creaba un «Boletín de las leyes de la República,» que era la promulgacion oficial de todas las leyes, segun el texto redactado por la comision de actas, y además daba á la comision de Salvacion pública (2) de la Convencion una serie de atribuciones que, aunque no de derecho, hacian de ella de hecho la autoridad suprema de la República, pues negaban á las demás corporaciones la facultad de gobernarse por sí mismas y establecian la obligacion para todos de dar cuenta á la comision de sus actos, obligacion que en sí misma suponía la idea de subordinacion.

Cada diez dias, es decir, cada semana del calendario republicano, debian dar cuenta de sus actos á la comision de Salvacion pública: el ministerio en conjunto (consejo ejecutivo) y cada ministro en particular; las administraciones de los distritos, que en lo sucesivo debian cuidar exclusivamente del cumplimiento de las leyes revolucionarias; los agentes nacionales que funcionaban en los distritos, y los representantes del pueblo enviados á los departamentos. A la comision debian enviar los ministerios, especialmente los de guerra y marina, sus propuestas de nombramientos y destituciones de funcionarios y oficiales para que fuesen por ella aprobados; y era tambien de su incumbencia atender á la reorganizacion ó «purificacion» de autoridades que se prevenia en el decreto. La situacion que habia tenido el Consejo municipal de Paris, gracias á la alianza con las comisiones revolucionarias, quedó destruida por la disposicion en virtud de la cual estas comisiones única y directamente debian dar cuenta de sus actos á la de seguridad de la Convencion. Las aficiones de los artistas del 10 de agosto, del 10 de marzo y del 31 de mayo por dar un nuevo golpe de Estado en sentido jacobino, como otros se habian dado, tenian un dique en dos artículos especiales que decian: «Todos los congresos ó asambleas centrales que puedan formar los representantes del pueblo ó las sociedades populares, sea cual fuere el nombre que lleven y aun cuando se denominasen «comision de vigilancia central, ó comision central, ó comision revolucionaria ó militar,» quedan suspendidos por este decreto y expresamente prohibidos, porque son un obstáculo á la unidad de la accion gubernativa y conducen al federalismo: los que en la actualidad existan quedarán disueltos á las veinticuatro horas de promulgado el presente decreto. Todo ejército revolucionario no organizado por la Convencion y comun á toda la

(1) *Hist. parl.*, XXX, págs. 254-266.
(2) Véase mas arriba.

República, quedará licenciado en virtud de este decreto, y á todos los ciudadanos agregados á estos cuerpos militares se les ordenará que se separen á las veinticuatro horas de promulgado este decreto bajo pena de ser presos como rebeldes á la ley y tratados como tales.»

Este decreto de 4 de diciembre significaba la ruina política de los hebertistas; de su ruina moral quedaba encargada la prensa.

En los dias 5, 10 y 15 de diciembre salieron los tres primeros números de una serie de folletos que publicó Camilo Desmoulins con el pseudónimo de *Le vieux Cordelier*, y que causaron profunda impresion en el mundo literario. Los tres iban dirigidos contra los hebertistas, á quienes presentaban como aliados con el extranjero contra Danton y Robespierre y pagados por Pitt. Desde sus primeros párrafos se referian los sucesos que el dia 4 de diciembre habian acontecido en el club de los jacobinos, cuando el mismo Danton se vió sometido á los procedimientos de la «purificacion,» en que se ocupaba entonces el club, y cuando Robespierre tuvo que defenderse con gran elocuencia contra terribles acusaciones. El lema de los folletos era la máxima de Maquiavelo: «Mientras los que gobiernan son odiados, no puede faltar admiracion para sus rivales,» y luego se decia: «¡Oh Pitt! ¡Venero tu genio! Tu has visto que todos los golpes que contra mi patria asestabas eran inútiles si no te disponias á destruir en la opinion pública la consideracion de aquellos que hace cinco años echan por el suelo todos tus planes; á acusar de soborno á quienes no pudiste sobornar y de traicion á aquellos á quienes no te fué dado convertir en traidores. ¡Con qué éxito has atendido desde la muerte de Marat á la deshonra de sus amigos, de sus leales compañeros de armas, del buque Argos de los antiguos franciscanos! Ayer, precisamente, pude observar con horror tus progresos en una sesion de los jacobinos, en donde ví que en la cuna de la libertad un hércules era casi estrujado por tus serpientes tricolores. La victoria quedó por nosotros, porque en medio de tantas ruinas de colosales celebridades de virtud cívica, solo la de Robespierre se sostiene incólume, por haber dado la mano á su émulo en el amor á la patria, nuestro presidente perpetuo de los antiguos franciscanos, nuestro Horacio Cocles, que solo en el puente aguantó el ataque de Lafayette y de sus cuatro mil parisienses cuando estos cercaban á Marat, y que hoy parece haber se sucumbido al partido del extranjero. Este partido, fuerte gracias al terreno conquistado durante la enfermedad y ausencia de Danton, como un tirano cortesano de la sociedad, ha aullado durante los párrafos mas conmovedores y y mas convincentes de su defensa en la tribuna y en el seno de la Asamblea; ha movido la cabeza y se ha reido de una manera compasiva, como si hablara un hombre condenado por unanimidad. A pesar de esto hemos vencido, porque despues del contundente discurso de Robespierre, que parece crecerse á medida que se aumentan los peligros de la República, y despues de la impresion profunda que en las almas ha producido, era imposible levantar la voz contra Danton sin demostrar con ello que el que tal hacia habia recibido las guineas de Pitt. ¡Robespierre.... en todos los demás peligros de que has salvado á la República hubiste de compartir tu fama con otros que te habian ayudado; pero ayer la salvaste tú solo! (3)» En el segundo número, eran fragelados con los mas graves insultos los horrores por los hebertistas cometidos en las iglesias. Robespierre leyó estos dos números antes de ser dados á la imprenta, pero negó despues haber conocido antes de imprimirse *Le vieux Cordelier*, especialmente

(3) *Le vieux Cordelier* en las *Oeuvres de Desmoulins (Bibliothèque nationale)*, II, págs. 169-171.

en lo que se referia al tercer número que tuvo un éxito asombroso y en el cual la tarea favorita de los hebertistas, la caza de «sospechosos,» era tratada de una manera que el folleto constituye un imperecedero monumento de la maestría de Desmoulins, el folletista de mas genio entre los franceses.

Camilo Desmoulins, el antiguo «abogado general del farol (1),» que habia creído, como todos los jacobinos, firmemente en la infalibilidad de la justicia popular, habia llegado á ver clara una verdad, contra la cual se habia defendido violentamente durante cuatro años, á saber: que la tiranía de los partidos en una república es por lo menos tan mortal para la libertad como la embriaguez de los césares en una monarquía despótica, y comparando el diseño que Tácito hace de los horrores de esta última, y especialmente de su mas repugnante engendro, la delacion, con lo que cada dia y á cada hora se realizaba ante su vista, parecióle como si presenciara las escenas arrancadas de los cuadros de la sociedad descrita por Tácito. Los punzantes epigramas de este se le presentaron en toda su verdad y parecieronle como escritos para su propia época, para la personas que le rodeaban, y esta armonía aumentó la fuerza con que pretendió influir en su pueblo. Por lo mismo brotaban de su pluma frases como estas: «Pronto fué un crimen de lesa majestad ó de la contra-revolucion el que la ciudad de Nursia levantara un monumento á aquellos de sus hijos que habian perecido en el sitio de Módena; delito de la contra-revolucion el que Libon Druso preguntara á los adivinos si algun dia poseeria grandes riquezas; delito de la contra-revolucion el que el periodista Cremucio Cordo llamara á Bruto y á Casio los últimos romanos; delito de la contra-revolucion que uno de los descendientes de Casio tuviese en su casa un retrato de su antepasado; delito de la contra-revolucion que Petreyo soñara con Claudio; delito de la contra-revolucion en Apio Silano el haber soñado con él la mujer de Claudio; delito de la contra-revolucion que la madre del cónsul Fusio Gemino llorase por la terrible muerte de su hijo. Habia que mostrar alegría por la muerte del amigo ó del pariente, si no se queria dejar de vivir. Todo el mundo se sentia presa del temor y el temor mismo podia ser punible. Todo despertaba la desconfianza del tirano. Si un ciudadano gozaba de popularidad, era un rival del príncipe que quizás podia originar una guerra civil. *¿Studia civium in se verteret et si multi idem audeant, bellum esse?* Sospechoso. ¿Huía alguno, por el contrario, de la popularidad y se mantenía encerrado en su casa? Entonces este retraimiento llamaba la atencion y despertaba la vigilancia. *Quanto metu occultior, tanto fame adeptus:* sospechoso. Si uno era rico, se entraba en sospecha, porque con sus tesoros podia sobornar al pueblo. *Auri vim atque opes Plauti principi infensas:* sospechoso. Si era pobre, debia ser vigilado, pues nadie es mas emprendedor que el que nada tiene. *Syllam inopem unde precipuam audaciam:* sospechoso. Si uno habia conquistado fama en la guerra, su talento le hacia tanto mas peligroso. De un general inepto siempre se puede sacar algun provecho: si es traidor, no podrá entregar por completo su ejército al enemigo, pues algunos lograrán escaparse; en cambio si la traicion le hace algun oficial de las dotes de Corbulon ó de Agripa, nadie podrá salvarse. Lo mejor seria, pues, desembarazarse de él ó por lo menos apartarlo á toda prisa del ejército. *Multa militari fama metum fecerat:* sospechoso. El uno era perseguido por su nombre ó por el de sus antepasados; el otro porque tenia una hermosa casa en Alba; Valerio porque su jardín habia gustado á la emperatriz; Estalio porque su fisonomía habia desagradado á esta, y otros muchos por razones que nunca han podido ser averiguadas.—Los

(1) Véase mas arriba.

delatores usaban los nombres mas bonitos; así se llamaban Cotta, Escipion, Régulo, Casio, Severo: la delacion era el único medio de prosperar y Régulo fué tres veces cónsul por sus denuncias.—El marqués Sereno formuló contra su anciano padre, ya desterrado, una grave acusacion como contra-revolucionario y se hizo orgullosamente llamar Bruto. Los jueces eran como los delatores: los tribunales, los naturales defensores de la vida y de la propiedad, habíanse convertido en mataderos donde se daban los nombres de castigo y de confiscacion á lo que era simplemente un asesinato ó un robo.—Si hubiese sido emperador un leon y hubiese tenido una guardia pretoriana de tigres y de panteras, no hubieran podido destruir mas personas que los delatores, los libertos, los envenenadores y los matones de los césares, pues la crueldad que nace del hambre cesa cuando el hambre está aplacada; pero la que procede del miedo, de la codicia y de la desconfianza de los tiranos, no reconoce límites (2).»

Esta sangrienta sátira contra la tiranía y los terroristas no fué entonces publicada de una manera tan cruda y libre como se ofrece á los lectores de hoy el sustancioso extracto que de ella damos. En el prólogo el autor dice que no quiere dirigir un discurso á los jacobinos, sino á los realistas, pintando un cuadro terrorífico de los horrores que esperaban á la Francia si la República se veía vencida por la monarquía, para lo cual indefectiblemente debia tomar por modelo el cuadro de los césares de Tácito. Al final del folleto se descubria, sin embargo, el hombre de ingenio y de malicia, pues decia: «Todos los que al leer este cuadro viviente de la tiranía vean en él una desdichada semejanza con su propia conducta, deben apresurarse á enmendarse, pues nadie se convencerá jamás de que la imagen de un tirano que ha trazado el pintor mas grande de la antigüedad y el mas filósofo de los historiadores haya podido convertirse en la imagen fiel de un Caton y de un Bruto y de que lo que Tácito denominó hace doce siglos despotismo y el peor de los gobiernos pueda hoy ser llamado libertad y considerado como el mejor de los mundos imaginables.»

Despues que su famoso número tercero hubo avivado el júbilo en el ánimo de todos los oprimidos y perseguidos y el mas violento furor en el pecho de aquellas bandas de asesinos, atrevióse en el número siguiente, que apareció el dia 20 de diciembre (3), á arrojar por completo la máscara y á decir: «¡Dad la libertad á los doscientos mil ciudadanos á quienes llamais sospechosos! Lo que Francia necesita es una «comision de clemencia.» Esto haría que la Revolucion llegara á su meta final, pues la bondad es tambien un medio revolucionario y quizás el mas eficaz de todos cuando se usa de ella con prudencia.—Mas que el genio de César, las necedades de nuestros ultra-revolucionarios han hecho abominable nuestra República, facilitando así el camino á la monarquía. ¿Qué patriota no se siente en su interior profundamente conmovido con las palabras «comision de clemencia?» El patriotismo es el conjunto de todas las virtudes y no puede existir allí donde en vez de sentimientos humanos y amor al hombre solo hay almas muertas y petrificadas por la codicia. ¡Oh, querido Robespierre! Ahora es á tí á quien me dirijo, porque ha llegado un momento en que solo le falta á Pitt conquistarte á tí, pues sin tí el buque Argos naufragaria, la república iria á parar al caos y la sociedad de los jacobinos y el partido de la montaña estarían convertidos en una torre de Babel. ¡Oh antiguo compañero de colegio, tú, cuyos brillantes discursos leerá la posteridad! Acuérdate de esta enseñanza de la historia y de la filosofía, á saber: que el amor es

(2) *Oeuvres de Desmoulins*, III, pág. 7.
(3) *Oeuvres de Desmoulins*, III, pág. 27.

mas sólido y mas duradero que el miedo, y que la admiracion y la religion han nacido de actos benéficos.»

El régimen de la guillotina, de los fusilamientos y de las anegadas comenzaba á parecer cruel y horrible á los mismos que lo habian iniciado. Tan inconscientemente se dejó llevar Camilo Desmoulins de este sentimiento, que no se cuidó de la contradiccion en que consigo mismo se ponía cuando en nombre de Marat, de quien se llamaba con orgullo compañero de armas, arremetía contra reales y verdaderos ma-

ratistas. Tambien se le escapó otra cosa: la clemencia que él invocaba solo permitia gobernar á un gobierno que fuese suficientemente fuerte para no tener que temer ni la ingratitude de los adversarios favorecidos, ni la venganza de sus esbirros licenciados. Admitiendo que la comision de salvacion pública, desde el decreto de 4 de diciembre (1), hubiera de ser considerada como el verdadero gobierno de la República, ¿se hallaba esta comision asentada sobre bases bastante sólidas para dar por terminada la lucha por la exis-



Gobel, arzobispo de Paris, abdicando su cargo en la Convencion

tencia, de la cual habia nacido en medio de torrentes de sangre, y para deponer las armas, con cuyo uso violento é implacable habia conquistado y conservado hasta entonces su posicion? Tal era la pregunta que, sin saberlo, formulaba Camilo Desmoulins y á la cual contestó Robespierre en 25 de diciembre con una rotunda negativa.

Su memoria de 25 de diciembre (5 frimario) acerca de los «principios fundamentales del gobierno revolucionario (2)» era una réplica directa al tercer número del «Viejo Franciscano,» por mas que este no resultara nombrado para nada. Comenzaba estableciendo la diferencia que existía entre un poder gubernativo que tiene que conservar incólume una constitucion existente y un poder que ha de luchar

para sentar las primeras bases de la misma constitucion. El primero goza de la tranquilidad del vencedor, el segundo vive en medio de la intranquilidad del combatiente; para el uno hay un derecho constitucional que sirve de norma y que protege al individuo contra los abusos del poder del Estado; el otro no puede existir sin un derecho de necesidad á la altura del número y magnitud de los peligros que constantemente le amenazan. «El gobierno revolucionario debe á los buenos ciudadanos la completa proteccion nacional; á los enemigos del pueblo solo les debe la muerte. Estas manifestaciones bastan para explicar el origen y la esencia de las leyes que llamamos revolucionarias. Los que las califican de arbitrarias ó tiránicas son sofistas necios ó malvados que quieren confundir lo que está muy separado: quieren someter á un mismo procedimiento la paz y la guerra, la salud y la enfermedad, ó por mejor decir, quieren tan solo la resurrec-

(1) Véase mas arriba.

(2) *Hist. parl.*, XXX, págs. 458-469.

cion de la tiranía y la muerte de la patria. Cuando estos invocan la aplicacion al pié de la letra de los axiomas constitucionales, solo lo hacen para conculcarlos impunemente: son astutos asesinos que para poder matar, sin temor del castigo, la República en su cuna, tratan de atarla con locas máximas, de las cuales saben ellos librarse perfectamente.» Siguiendo la tendencia iniciada en este exordio, este discurso, como todos los de Robespierre, hablaba de la omnipresencia de traiciones y de traidores pagados por Pitt y terminaba con la proposicion de que fuesen sumariamente juzgados todos los generales y oficiales tachados de complicidad en los crímenes de Dumouriez, Custine, Lamarliere y Houcard, los extranjeros (Anacarsis Clootz), banqueros y

demás personas que resultaran culpables de traicion y de inteligencia con los reyes conjurados contra la República; y además de esto, solicitaba que la comision diera dictámen inmediatamente acerca de la mas completa organizacion del tribunal revolucionario.

Tal fué la contestacion que Robespierre dió á la invocacion de su compañero de escuela en pro de «una comision de clemencia.» Desmoulins se golpeó el pecho sin titubear en señal de arrepentimiento y en el número quinto del *Viejo Franciscano*, imitando á Fenelon cuando la Santa Sede condenó sus *Máximas de los Santos*, se retractó enumerando los servicios por él prestados á la causa de la libertad, recordando que desde el 12 de julio del año 1789 era de todos co-



Uniformes de los soldados de caballería de la República

nocido como hombre á quien de todo podia tacharse menos de moderantismo. «Yo era revolucionario antes que todos vosotros: fui mas que esto, fui un bandido, y de ello me alabo, cuando en la noche del 12 al 13 de julio de 1789 yo y el general Danican nos hicimos abrir los depósitos de fusiles con los cuales armamos los primeros batallones de descamisados.» Pero á pesar de que se retractó de su llamamiento á la clemencia, no dejó de asestar golpes mortales contra los que por la misma razon le habian declarado la guerra, antes bien los descargó con mas fuerza y estigmatizó especialmente á Hebert, el ex-vendedor de contraseñas del teatro de Variedades, tachándole de escribir á sueldo del ministro de la Guerra Bouchotte (1).

(1) Echóle en cara el haber recibido, desde el 2 de junio al 4 de octubre de 1793, para su *Père Duchesne*, primero 120,000 francos, luego 10,000 y por último 60,000, en junto 190,000 francos. Bouchotte le contestó despues (*Hist. parl.*, XXXI, pág. 237) diciendo que la suma solo habia ascendido á 118,000 francos en asignados, y que no habian estos servido para aquella sola publicacion, sino que otros 7 periódicos habian recibido parte de los fondos, á este objeto consignados por un decreto, y en forma de suscripciones colectivas, para apoyar la obra de la Revolucion.

«El rayo de luz que he hecho brillar en las tinieblas de los calabozos de los encarcelados patriotas, la imagen de la futura felicidad de la República francesa que he ofrecido de antemano á mis lectores y la frase «comision de clemencia» que he dejado escapar, sin oportunidad si se quiere, ¿han tenido por ventura, oh Hebert, la eficacia del latigazo de las furias? ¿No has podido soportar la idea de que la nacion, en otro tiempo feliz, haya de ser un pueblo de hermanos?»

Precisamente en aquellos dias el club estaba ocupado en su tarea de depuracion y Robespierre era el alma y el orador de una comision especial encargada de los trabajos preparatorios (2). El furor de los jacobinos contra el *Viejo Franciscano* era indescriptible y Robespierre se encontraba presa de la mas angustiosa perplejidad. El mismo habia roto el fuego contra Hebert; habia leído y aprobado, antes de ser dados á la imprenta, los dos primeros números de aquel periódico; no era solamente amigo de escuela y correligionario de Camilo Desmoulins, sino que además la leal pluma de este era para Robespierre una potencia ofensiva y defensiva; y sin embargo, á la sazón se encontraba ante la dura

(2) Hamel: *Histoire de Robespierre*, III, pág. 249.